



n°610 - Mayo 2021

1 Papa Francisco

Domingo, Predicador de la Gracia..... 15
La fuerza de la contemplación..... 18
Desbordando la alegría del Evangelio 19
Una sola alma y un solo corazón en camino hacia Dios..... 19
Perseverancia en la fidelidad 20
Gracia y unidad 21
Llamados a responder a las necesidades de nuestra época..... 22
La fe y la caridad, la verdad y el amor, la integridad y la compasión 23

Tabla de contenidos

Prædicator Gratiæ: Carta del Santo Padre al Maestro de la Orden de Predicadores con motivo del VIII Centenario de la muerte de Santo Domingo de Caleruega..... 1
Prædicator Gratiæ y la gracia de la predicación en la Iglesia 4
Nuevo Viceprovincial de la Viceprovincia de San Pío V, RDC..... 5
Nuevo Prior Provincial de América Central 5
Nuevo Vicario del Maestro de la Orden..... 6
Predicador de la Gracia 6
Ecos de la carta Prædicator Gratiæ casi desde los confines del mundo 7
En agradecimiento por la carta del Papa Francisco Prædicator Gratiæ 8
Una santidad para redescubrir: Santo Domingo de Caleruega y la gracia de la predicación 9
Santo Domingo, entre el centro y la periferia 11
¡Sus hermosos pies! 12
Una mirada femenina: Domingo y las monjas de la Orden de Predicadores 13

Prædicator Gratiæ: Carta del Santo Padre al Maestro de la Orden de Predicadores con motivo del VIII Centenario de la muerte de Santo Domingo de Caleruega



A fray Gerard Francisco Timoner, O.P.
 Maestro General de la Orden de Predicadores

Praedicator Gratiæ: entre los títulos atribuidos a santo Domingo, el de “Predicador de la Gracia” se destaca por su consonancia con el carisma y la misión de la Orden que fundó. En este año en que se cumple el octavo centenario de la muerte de santo Domingo, me uno con alegría a los Frailes Predicadores para dar gracias por la fecundidad espiritual de ese carisma y esa misión, que se manifiesta en la rica variedad de la familia

dominicana a lo largo de los siglos. Mis saludos, mi oración y mis mejores deseos se dirigen a todos los miembros de esa gran familia, que abarca la vida contemplativa y la obra apostólica de sus monjas y hermanas religiosas, sus fraternidades sacerdotales y laicales, sus institutos seculares y sus movimientos juveniles.

En la Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate* expresé mi convicción de que “cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio” (n. 19). Domingo respondió a la necesidad urgente de su tiempo no sólo de una predicación renovada y vibrante del Evangelio, sino también, e igualmente importante, de un testimonio convincente de su llamado a la santidad en la comunión viva de la Iglesia. En el espíritu de toda verdadera reforma, buscó un retorno a la pobreza y la sencillez de la primera comunidad cristiana, reunida en torno a los Apóstoles y fiel a sus enseñanzas (cf. *Hch 2,42*). Al mismo tiempo, su celo por la salvación de las almas lo llevó a formar un cuerpo de predicadores comprometidos, cuyo amor por la *sagrada página* y cuya integridad de vida pudieran iluminar las mentes y encender los corazones con la verdad vivificante de la palabra divina.

En nuestro tiempo, caracterizado por cambios epocales y nuevos desafíos a la misión evangelizadora de la Iglesia, Domingo puede servir como inspiración a todos los bautizados, que están llamados, como discípulos misioneros, a llegar a todas las “periferias” de nuestro mundo con la luz del Evangelio y el amor misericordioso de Cristo. Al hablar de la perenne actualidad de la visión y el carisma de santo Domingo, el Papa Benedicto XVI nos recordó que “en el corazón de la Iglesia debe arder siempre un fuego misionero” (*Audiencia del 3 de febrero de 2010*).

La gran vocación de Domingo fue predicar el Evangelio del amor misericordioso de Dios en toda su verdad salvadora y su poder redentor. Como estudiante en Palencia, llegó a apreciar la inseparabilidad de la fe y la caridad, la verdad y el amor, la integridad y la compasión. Como nos cuenta el beato Jordán de Sajonia, conmovido por el gran número de personas que sufrían y morían durante una grave hambruna, Domingo vendió sus preciosos libros y, con una bondad ejemplar,

estableció un centro de limosnas donde los pobres podían ser alimentados (*Libellus*, 10). Su testimonio de la misericordia de Cristo y su deseo de llevar su bálsamo de curación a aquellos que experimentaban la pobreza material y espiritual había de inspirar la fundación de su Orden y dar forma a la vida y el apostolado de incontables dominicos en diversos tiempos y lugares. La unidad de la verdad y la caridad encontró quizás su más bella expresión en la escuela dominicana de Salamanca, y particularmente en el trabajo de fray Francisco de Vitoria, quien propuso un marco de derecho internacional basado en los derechos humanos universales. Esto, a su vez, proporcionó el fundamento filosófico y teológico para los heroicos esfuerzos de los frailes Antonio Montesinos y Bartolomé de Las Casas en las Américas, y Domingo de Salazar en Asia, para defender la dignidad y los derechos de los pueblos nativos.

El mensaje evangélico de nuestra inalienable dignidad humana como hijos de Dios y miembros de la única familia humana desafía a la Iglesia en nuestros días a fortalecer los lazos de amistad social, a superar las estructuras económicas y políticas injustas, y a trabajar por el desarrollo integral de cada persona y de cada pueblo. Fieles a la voluntad del Señor, e impulsados por el Espíritu Santo, los seguidores de Cristo están llamados a cooperar en todos los esfuerzos para “parir un mundo nuevo, donde todos seamos hermanos, donde haya lugar para cada descartado de nuestras sociedades, donde resplandezcan la justicia y la paz” (*Fratelli Tutti*, 278). ¡Que la Orden de Predicadores, ahora como entonces, esté en la vanguardia de un anuncio renovado del Evangelio, que pueda hablar al corazón de los hombres y mujeres de nuestro tiempo y despertar en ellos la sed de la venida del reino de santidad, justicia y paz de Cristo!

El celo de santo Domingo por el Evangelio y su deseo de una vida genuinamente apostólica lo llevaron a destacar la importancia de la vida en común. Nuevamente, el beato Jordán de Sajonia nos dice que, al fundar su Orden, Domingo eligió significativamente “ser llamado, no subprior, sino *hermano Domingo*” (*Libellus*, 21). Este ideal de fraternidad debía encontrar su expresión en una forma inclusiva de gobierno, en la que todos

participaban en el proceso de discernimiento y toma de decisiones de acuerdo con sus respectivos roles y autoridad, a través del sistema de capítulos a todos los niveles. Este proceso “sinodal” permitió a la Orden adaptar su vida y su misión a los cambiantes contextos históricos, manteniendo la comunión fraterna. El testimonio de la fraternidad evangélica, como testimonio profético del plan último de Dios en Cristo para la reconciliación y la unidad de toda la familia humana, sigue siendo un elemento fundamental del carisma dominicano y un pilar del esfuerzo de la Orden por promover la renovación de la vida cristiana y la difusión del Evangelio en nuestro tiempo.

Junto con san Francisco de Asís, Domingo comprendió que la proclamación del Evangelio, *verbis et exemplo*, implicaba la edificación de toda la comunidad eclesial en la unidad fraterna y el discipulado misionero. El carisma dominicano de la predicación se desbordó pronto en la constitución de las diversas ramas de la gran familia dominicana, abarcando todos los estados de vida en la Iglesia. En los siglos siguientes, encontró una expresión elocuente en los escritos de santa Catalina de Siena, las pinturas del beato fra Angelico y las obras de caridad de santa Rosa de Lima, el beato Juan Macías y santa Margarita de Castello. También en nuestro tiempo sigue inspirando el trabajo de artistas, estudiosos, profesores y comunicadores. En este año del aniversario, no podemos dejar de recordar a aquellos miembros de la familia dominicana cuyo martirio fue en sí mismo una poderosa forma de predicación. O a los innumerables hombres y mujeres que, imitando la sencillez y compasión de san Martín de Porres, han llevado la alegría del Evangelio a las periferias de las sociedades y de nuestro mundo. Pienso en particular en el testimonio silencioso de muchos miles de terciarios dominicanos y miembros del Movimiento Juvenil Dominicano, que reflejan el papel importante e incluso indispensable de los laicos en la obra de la evangelización.

En el Jubileo del nacimiento de santo Domingo a la vida eterna, querría expresar de manera especial mi gratitud a los Frailes Predicadores por la destacada contribución que han realizado a la predicación del Evangelio a través de la profundización teológica de los misterios de la fe. Al

enviar a los primeros frailes a las nacientes universidades de Europa, Domingo reconoció la importancia vital de proporcionar a los futuros predicadores una sólida formación teológica basada en la sagrada Escritura, respetuosa con las cuestiones planteadas por la razón, y preparada para entablar un diálogo disciplinado y respetuoso al servicio de la revelación de Dios en Cristo. El apostolado intelectual de la Orden, sus numerosas escuelas e institutos de enseñanza superior, su cultivo de las ciencias sagradas y su presencia en el mundo de la cultura han estimulado el encuentro entre la fe y la razón, han alimentado la vitalidad de la fe cristiana y han hecho avanzar la misión de la Iglesia de atraer las mentes y los corazones hacia Cristo. También en este sentido, no puedo sino renovar mi gratitud por la historia de servicio de la Orden a la Sede Apostólica, que se remonta al propio Domingo.

Durante mi visita a Bolonia hace cinco años, tuve la bendición de permanecer unos momentos en oración ante la tumba de santo Domingo. Recé de manera especial por la Orden de Predicadores, implorando para sus miembros la gracia de la perseverancia en la fidelidad a su carisma fundacional y a la espléndida tradición de la que son herederos. Al agradecer al santo todo el bien que sus hijos e hijas realizan en la Iglesia, pedí, como don particular, un aumento considerable de las vocaciones sacerdotales y religiosas.

Que la celebración del Año Jubilar derrame abundantes gracias sobre los Frailes Predicadores y toda la familia dominicana, y dé paso a una nueva primavera del Evangelio. Con gran afecto, encomiendo a todos los que participen en las celebraciones del Jubileo a la amorosa intercesión de Nuestra Señora del Rosario y de su patriarca santo Domingo, y les imparto cordialmente mi bendición apostólica como prenda de sabiduría, alegría y paz en el Señor. ■

FRANCISCO

Prædicator Gratiaë y la gracia de la predicación en la Iglesia



La Familia Dominicana está profundamente agradecida a nuestro Santo Padre, el Papa Francisco, por escribir *Praedicator gratiae*, su inspiradora y alentadora carta a la Orden en el 8º Centenario del dies natalis de Santo Domingo de Caleruega. El incipit (título) de su carta se hace eco del evento histórico cuando el Papa Honorio III confirmó la predicación como misión de la Orden y dio a Domingo y a sus frailes en Toulouse el nombre de “predicadores”. El Papa Francisco afirma en su carta que predicador de la gracia es un título atribuido a Santo Domingo que “destaca por su conformidad con el carisma y la misión de la Orden que fundó”, es decir, la gracia de la predicación y la predicación de la gracia.

Damos gracias al Santo Padre por ser Pedro para nosotros, por fortalecernos en la fe (Lucas 22, 32). Damos gracias al Papa Francisco por saludar a la familia de Domingo. Recordamos cómo Domingo de Caleruega y Francisco de Asís encarnan la santa fraternidad y la amistad como fundamento de la evangelización en su tiempo. Al agradecer al Papa Francisco su paternal solicitud y fraternal cercanía a la Orden, le saludamos a él y a la Compañía de Jesús en el quinto centenario de la conversión de san Ignacio de Loyola en este mismo año del Señor 2021. Es bien sabido que un aspecto significativo de ese momento de conversión fue la pregunta que cambió su vida: “¿Y si hago lo que hicieron san Francisco o santo Domingo?”. En efecto, ¡es maravilloso que en esta providencial coincidencia de jubileos, un miembro de la familia de Ignacio, el primer Papa que eligió el nombre de

Francisco, escriba una carta a la familia de Domingo!

Al expresar su “saludo orante... a todos los miembros de esa gran familia, que abarca la vida contemplativa y las obras apostólicas de sus monjas y religiosas, de sus fraternidades sacerdotales y laicas, de sus institutos seculares y de sus movimientos juveniles”, el Santo Padre reconoce que la familia de los predicadores incluye prácticamente todos los estados de vida de la Iglesia. En consecuencia, los escritos de los eruditos, los poetas y los místicos, así como las obras de arte, las obras de caridad y de misericordia de los miembros de las diferentes ramas de la familia son reconocidos como formas o “géneros” de predicación. Es significativo que los miembros de la familia dominicana cuyas voces fueron acalladas por el martirio nos ofrecen una forma de predicación extraordinariamente elocuente.

“Hablando con Dios o de Dios”, santo Domingo encarnó una sinergia de contemplación y acción y ejemplificó un discípulo-misionero, llamado a seguir y enviado a predicar el camino del Evangelio. Vale la pena reflexionar sobre el hecho de que el Santo Padre utilice el término discípulo-misionero. Tal vez, el Papa Francisco nos está invitando a darnos cuenta de que el Dios que nos envía en misión es el mismo Dios que está presente en todas partes y nos invita constantemente a seguirle como discípulos. ■

Fray Gerard Francisco Timoner III, O.P.
 Maestro de la Orden
 24 de mayo de 2021 | Conmemoración
 de la Traslación de nuestro Padre santo
 Domingo

Nuevo Viceprovincial de la Viceprovincia de San Pío V, RDC



2 Fray Augustin Wiliwoli Sibiloni es el nuevo Viceprovincial de la Viceprovincia de San Pío V, RDC

Fray Augustin Wiliwoli Sibiloni nació en Isiro, República Democrática del Congo, el 25 de octubre de 1977. Recibió el hábito de la Orden el 8 de agosto de 1999 e hizo su primera profesión el 8 de agosto de 2000 y la profesión solemne en 2005. Fue ordenado sacerdote el 19 de agosto de 2012 por Mons. Julien Andavo, obispo de la diócesis de Isiro. Al término de su formación inicial y antes de su ordenación, fue destinado al Convento de Santo Domingo, Kinshasa, como síndico.

Es bachiller en filosofía por la Universidad San Agustín de Kinshasa y en teología por la Universidad Católica del Congo. Después de la ordenación, obtuvo la licenciatura en filosofía también en la Universidad Católica del Congo. Posteriormente, fue enviado a Lovaina (Bélgica) para realizar estudios complementarios y fue destinado a la comunidad Fra Angelico de Lovaina. Obtuvo el doctorado en filosofía en la Universidad Católica de Lovaina.

A su regreso al Congo, enseñó filosofía en la Universidad de Uélé, RDC. Fue superior de la casa San Martín de Porres en Kisangani hasta su elección como viceprovincial. Es una persona tranquila y reflexiva.

Fray Augustin fue elegido canónicamente por los capitulares reunidos para celebrar el 2º capítulo viceprovincial en el convento de San Martín de Porres de Kisangani el 19 de mayo de 2021. El Maestro de la Orden confirmó su elección. Con su

aceptación, el 20 de mayo de 2021, fray Augustin se convierte en el tercer viceprovincial de la joven viceprovincia de San Pío V, erigida en 2016.

Que la gracia de Dios le acompañe a lo largo de su mandato mientras se esfuerza por servir a los hermanos de su viceprovincia y a la familia dominicana en el Congo. ■

Nuevo Prior Provincial de América Central



3 Fray Ricardo Guardado Flores, O.P.

Fray Ricardo Guardado Flores, O.P., ha sido elegido Prior Provincial de la Provincia de San Vicente Ferrer en Centroamérica el 18 de mayo de 2021, durante su cuarto Capítulo Provincial en la Casa de Espiritualidad San Benito, Heredia en Costa Rica. La elección fue confirmada por el Maestro de la Orden el mismo día y fray Ricardo aceptó su elección el 20 de mayo 2021.

Fray Ricardo nació el 14 de enero de 1978, en San Francisco, La Virtud, Lempira en Honduras, profesó en la Orden el 26 de enero de 2002, y finalmente fue ordenado sacerdote el 24 de octubre de 2009. Es licenciado en Teología Moral por la Universidad Pontificia de México.

Ha colaborado en diversas tareas de la Provincia, tanto en la formación como en la misión. Fue director del Prenoviciado en San José, Costa Rica de 2017 a 2019. De igual manera trabajó entre los hermanos indígenas de Cahabón, Alta Vera Paz en Guatemala. Actualmente colabora como Promotor de Justicia y Paz en CIDALC (Conferencia Interprovincial de Dominicos en América Latina y el Caribe).

Hasta su elección, fray Ricardo era superior de la comunidad de Santa María del Rosario, Cahabón, Alta Verapaz en Guatemala. ■

Nuevo Vicario del Maestro de la Orden



4 Fray Mark Padrez es el nuevo Vicario del Maestro de la Orden

El día de Pentecostés, 23 de mayo de 2021, el Maestro de la Orden, Fr. Gerard Francisco Timoner III ha nombrado a fray Mark Christopher Padrez como Vicario del Maestro de la Orden, sucediendo a fray Miguel Ángel del Río, que acaba de concluir su servicio y a quien agradecemos por su servicio como Vicario del Maestro desde febrero 2017.

Fray Mark nació y se crió en Nogales, Arizona, en la frontera entre los Estados Unidos y México. Asistió a la universidad de Arizona y se graduó en 1987. Fue en la universidad donde Mark conoció a los dominicos que atendían la capellanía. Entró en el noviciado en 1987, profesó en 1988 y se fue ordenado en 1995.

Fue asignado a la parroquia del Santo Rosario, y más tarde a la capellanía de la universidad de San Diego. Fue nombrado promotor vocacional en 2003. En 2007 fue nombrado Socio del provincial y fue elegido provincial en 2011, desempeñando este servicio hasta 2018. En marzo de 2018 fue elegido como presidente de la Conferencia de Superiores Mayores de Religiosos de los Estados Unidos que representa a las comunidades religiosas masculinas del país.

En febrero 2020 fray Mark fue nombrado por el Maestro de la Orden Socio para la Vida Fraternal y la Formación. A esta responsabilidad se suma ahora el oficio de Vicario del Maestro de la Orden.

Encomendamos a nuestro hermano Mark a sus oraciones en este nuevo servicio. ■

Predicador de la Gracia



San Francisco y santo Domingo tenían fama de ser amigos y por eso es estupendo que el primer Papa que lleva el nombre de Francisco haya enviado en esta carta un regalo de cálida fraternidad a los hermanos y hermanas de Santo Domingo, en el 800 aniversario de su muerte. El Santo Padre comienza saludando a Domingo como el “Predicador de la Gracia”. La expresión fundacional de esta gracia fue la fraternidad de la Familia de Domingo, que desde el principio estaba formada por frailes, monjas y laicos. Esto respondía a un mundo en el que las viejas jerarquías verticales del feudalismo se estaban desmoronando y las ciudades estaban llenas de extranjeros. Esto responde a nuestro mundo actual, que está sufriendo una transformación radical similar, ya que somos nativos de un mundo nuevo y apenas conocido, el continente digital.

La extensa familia de Domingo no es sólo nuestro hogar en un tiempo incierto, sino un pequeño signo del Reino, en el que todos estamos llamados a descubrirnos como hermanos y hermanas de Cristo. Por eso, en cada generación somos impulsados a salir al encuentro de hermanos desconocidos, como cuando el primer grupo de frailes fue a las Américas y defendió enérgicamente la dignidad de los indígenas, a los que Bartolomé de Las Casas vio como Cristo mil veces crucificado. ¿A qué nuevos hermanos somos enviados ahora? La pandemia pone en evidencia cómo, en tiempos de crisis, las naciones ricas tienen la tentación de reducir el círculo de los que reconocemos como los nuestros.

Domingo se sitúa en el centro de la Iglesia -in medio ecclesiae-, conservando las verdades salvadoras de la fe, pero nos envía a las “periferias” para estudiar, enseñar y aprender. Si no pensamos con la Iglesia, no tenemos nada que decir, pero si no estamos cerca de los que están alejados de la Iglesia, comprendiendo su experiencia y abiertos a sus preguntas, no podremos compartir la buena nueva. A menudo son los artistas los que predicán con más fuerza una palabra que es nueva y antigua.

El Papa Francisco llama la atención sobre el gobierno “sinodal” que Domingo dejó a la Orden. Gobierno que mantiene unidos a quienes no tienen miedo de estar a veces en desacuerdo, formándolos para que se escuchen mutuamente en la búsqueda de una verdad más amplia. Esto puede ser una inspiración para la Iglesia al aventurarse en el camino sinodal en un momento en que el debate fructífero a menudo se ve obstaculizado por la incomprensión mutua.

Cuando santo Domingo estaba muriendo, aseguró a sus hermanos que les sería más útil rezando por ellos en el cielo que con ellos en la tierra. ¡Que nos dé ahora el valor y la libertad de predicar con valor y creatividad! ■

Fray Timothy Radcliffe, O.P.

Ecós de la carta Prædicator Gratiæ casi desde los confines del mundo



El VIII centenario de la pascua de santo Domingo ha multiplicado nuestro gozo con el mensaje que el Papa Francisco ha dirigido al Maestro de la Orden. Quisiera expresar mi gratitud usando las palabras del O Lumen, la antífona que la Familia dominicana canta celebrando al Santo de Caleruega.

Luz de la Iglesia: Domingo ha querido vivir y morir in medio Ecclesiae. Su mirada, corazón y predicación manifestaron ese tono luminoso fomentando la comunión misionera, uniendo carisma y jerarquía en el deseo de llegar a todos a través de una vida verdaderamente apostólica.

Doctor de la Verdad: La carta nos invita -como lo hacía Nuestro Padre- a amar la Verdad como se ama una persona. La Buena Noticia de Jesucristo aleja de toda tentación del «tener» la verdad y nos ayuda a comprender la altura, anchura, longitud y profundidad de la misericordia veritatis (misericordia de la verdad) que nos abraza.

Ejemplo de paciencia: La vida de la Orden impulsa a alabar, bendecir y predicar la obra de Dios en la creación y la historia de la salvación. El misterio de la Encarnación lleva a generar procesos a través de la atracción -propia de la amistad- y no desde el proselitismo o los imperativos propios del «poder». Esto genera una comunión profunda, dinámica, abierta, misionera y anima a la participación, el diálogo, la escucha: ¡somos Fratelli tutti!

Ideal de castidad: Ojos, corazones y boca apasionados por la Palabra, alimentan el deseo de ser discípulos misioneros en un camino compartido, sinodal. Al contrario, constatamos a veces la tentación mundana de querer «poseer» a las personas, controlarlas, manipularlas, pisoteando su conciencia bajo la mera apariencia de una pretendida pureza.

Nos diste a beber el agua de la Sabiduría: La Sabiduría invita siempre a “distinguir para unir”. Así deseamos que el estudio y la predicación sean útiles a todos los hermanos. Que aún en las crisis promuevan la unidad que prevalece sobre el conflicto; se abran a la realidad, más importante que la idea; consideren que el todo es superior a la parte. Esta es una herencia que Domingo ha legado a sus hijos e hijas (¡Alberto, Tomás, Catalina, Rosa y tantos otros!).

Predicador de la gracia: La santidad -don de Dios- se revela en la amistad con Él y entre nosotros. Buscamos vivirla conscientes de sus dos sutiles enemigos: el gnosticismo y el pelagianismo (autorreferenciales y narcisistas) que pueden instalarnos en una existencia mediocre, aguada, licuada.

Únenos a los santos: Es lo que pedimos, pues el fin último del ser humano es la beatitud: fruto de una elección de parte de Dios que nos ha predestinado a ser santos e irreprochables ante Él por el amor.

Gracias, «Dulce Cristo en la tierra» -como solía llamar Santa Catalina de Siena al Sucesor de Pedro- por recordarnos esta vocación eclesial.

Bahía Blanca, 24 de mayo, 2021

Memoria de la Traslación de Santo Domingo ■

+ Fray Carlos A. Azpiroz Costa O.P.
Maestro de la Orden, 2001-2010

En agradecimiento por la carta del Papa Francisco *Prædicator Gratiaë*



Ante las profundas transformaciones que marcan el mundo contemporáneo, el Papa vuelve a subrayar la necesidad de una renovación de la evangelización. En este año de acción de gracias, nos anima, al igual que a todos los bautizados, a inscribirnos en lo que fue el impulso misionero de Domingo, animado por una esperanza para el mundo y para la humanidad.

Una esperanza para el mundo, cuyo nombre podría ser comunión. El punto de partida del impulso apostólico de Domingo fue, de hecho, la elección

de volver a la pobreza y la simplicidad de vida, formas con las que las primeras comunidades cristianas dieron un signo de comunión. También hoy, esta elección es la que mejor nos dispone, como Jesús, a ser movidos por la compasión ante las fracturas que desfiguran y dividen el mundo. La compasión pone en el corazón de los discípulos misioneros el deseo de entregarse al servicio de la comunión entre los hombres, y el valor de ir a anunciar el Evangelio de la misericordia a los más alejados, a los más despreciados y a los más alejados de la fe. En la escuela de Domingo, subraya Francisco, la evangelización está intrínsecamente ligada a la esperanza de que pueda nacer un mundo nuevo en el que se abracen la justicia y la paz, y en el que se reconozcan, protejan y promuevan la dignidad y los derechos de cada persona y de los pueblos. Portadores de esta esperanza de comunión para el mundo, hoy más que nunca estamos invitados a abrir juntos, frailes y laicos (cuyo importante papel en la evangelización subraya el Papa), nuevos caminos para la evangelización: caminando junto a todos y anunciando la buena noticia la Iglesia se convierte en signo de comunión para el mundo.

Una esperanza para la humanidad. El Papa recuerda que, emprendiendo el camino de la evangelización, fray Domingo, al igual que Francisco de Asís, confió a su Orden y a su familia un tesoro que da toda su fuerza a dicho impulso misionero: el tesoro de la fraternidad. Aprender juntos a ser hermanos en nombre del Evangelio, para conocer lo más posible a nuestros contemporáneos y despertar en ellos este mismo deseo. Convertirse en hermanos y hermanas, y así, haciéndose eco del “momento Salamanca”, ser aún más sensibles a las llamadas a comprometer la propia vida para promover, en todos los lugares de fractura del mundo, la dignidad y los derechos de las personas y de los pueblos. Ser hermanos y amigos de las personas para construir con ellas esa “casa común” en la que todos puedan ser felices viviendo juntos. Ser hermanos, estudiar y buscar la verdad, en un diálogo de amistad con los otros y en la preocupación por servir a la inteligencia en la fe. Fraternidad con todos, fraternidad en Cristo que nos enseña a mantener unidas la caridad y la verdad, y así crecer en la amistad de Dios.

¡Hermanos y hermanas para la comunión! Es con profunda gratitud al Papa Francisco que podemos escuchar su invitación a renovar nuestra alegría en el espíritu de Domingo, ¡predicador del Evangelio de la gracia! ■

fray Bruno Cadoré, O.P.
Maestro de la Orden, 2010-2019

Una santidad para redescubrir: Santo Domingo de Caleruega y la gracia de la predicación



El 6 de enero de este año se inauguró en toda la Orden de Predicadores el Jubileo del Octavo Centenario de la muerte – dies natalis – de Santo Domingo de Caleruega (c. 1274 – 1221), que tuvo lugar el 6 de agosto en una húmeda y calurosa Bolonia. Con la Carta Apostólica Praedicator gratiae, destinada a toda la Familia Dominicana dispersa en todo el mundo, el Santo Padre Francisco quiere recordar y honrar la figura del gran Santo que, junto con Francisco de Asís, no sólo marcó un punto de inflexión decisivo y original en la historia de la Iglesia, sino que representa, ayer como hoy, un ejemplo luminoso de una vida consumida al servicio de la caridad evangélica y de la salvación de las almas. La Orden de Predicadores nació del corazón apostólico de este hombre que, como recuerda eficazmente Santa Catalina de Siena, “tomó el Oficio de la Palabra” y “lleno de celo por la salvación de las almas [...] hablando siempre contigo o de ti [con Dios o de Dios]”, combinando en admirable equilibrio el apostolado y la contemplación, “se dedicó totalmente a la renovación de tu Iglesia” (Prefacio de la Misa del Santo).

La santidad de Domingo, reconocida oficialmente por el Papa Gregorio IX el 14 de julio de 1234 en Rieti, es una santidad eminentemente apostólica, alimentada y sostenida por una temprana dedicación a la oración y al estudio de la teología. De las fuentes antiguas podemos obtener un perfil de su santidad. Estos textos narran con gran detalle muchos de sus milagros, pero como recuerda su sucesor, el beato Jordán de Sajonia: “más que milagros, había en él algo más radiante y magnífico”, es decir, su carisma, sus virtudes, su vida.

El cardenal Ugolino de Ostia conoció personalmente a Francisco y a Domingo y, una vez convertido en el Papa Gregorio IX (1227-1241), canonizó a ambos. La bula de canonización afirma que Dios dio a Domingo “a fortaleza de la fe y el fervor de la divina predicación”. Él, “sin apartarse nunca del ministerio y del magisterio de la Iglesia militante [...] habiéndose convertido en un solo espíritu con Dios, engendró a muchos con el Evangelio de Cristo, obteniendo ya en la tierra el nombre y el oficio de patriarca”.

Para los que le conocieron, Domingo “tenía una voluntad firme y siempre recta y un corazón inquebrantable en las cosas que había juzgado razonables según Dios” y el equilibrio del hombre interior “se manifestaba fuera en la bondad y alegría de su semblante”; hombre de auténtica e ininterrumpida oración, era un hermano entrañable para sus compañeros: “De noche nadie era más asiduo a las vigiliyas y oraciones que él, de día nadie más sociable (nemo communior) con los hermanos, nadie más alegre”. También lo fue con las primeras monjas de la Orden, con las que se entretuvo con una amable y afectuosa amistad.

Santo Domingo ardía en amor y compasión por toda la humanidad y, como dice un testigo del Proceso de Canonización: “extendió su caridad y compasión no sólo a los fieles sino también a los infieles y paganos e incluso a los condenados del infierno y lloró mucho por ellos”. De ahí surgió el apostolado y la oración nocturna expresada en el grito: “Señor, ¿qué será de los pecadores?”. Otro testigo recuerda que “lloraba tan fuerte que se le oía por todas partes [...]. Así que pasaba las noches sin dormir, llorando y compadeciéndose de los pecados de los demás”.

Todo ello en la asiduidad cotidiana en la meditación de la Palabra de Dios, en la adhesión a la sana doctrina y con una fructífera relación con la Iglesia institucional: era un hombre in medio ecclesiae. Según uno de los primeros hagiógrafos del Santo, el Papa Inocencio III tuvo una confirmación sobrenatural de lo que habría sido la importancia fundamental de Domingo para toda la Iglesia: durante un sueño tuvo una visión de la Basílica de Letrán a punto de derrumbarse y del Santo apresurándose a sostenerla con la fuerza de sus hombros y evitando así su peligrosa ruina. Y, con una relectura en clave providencial, uno de sus sucesores en la dirección de la Orden, Humberto de Romans, comentaba: “[el papa], al principio parecía ser un poco escéptico [ante la petición de Domingo] que, sin embargo, no se produjo sin la voluntad de Dios, de modo que el vicario de Jesucristo supo ciertamente, por la visión que tuvo después, lo necesario que era para la Iglesia universal [...] lo que el hombre de Dios Domingo anhelaba por inspiración divina”. Y la Iglesia no se derrumbó...

Santo Domingo fue sobre todo un “humilde ministro de la predicación / Predicationis humilis minister”, como firmó él mismo en un documento de principios de 1215. Al año siguiente, según el relato de los hagiógrafos, durante otra estancia en Roma, el Santo tuvo la famosa visión de los santos Pedro y Pablo: “El hombre de Dios Domingo estaba entonces en Roma. Mientras, en la basílica de San Pedro, se volcaba en presencia de Dios, en su oración por la conservación y propagación de la Orden [...] la mano del Señor se posó sobre él e inmediatamente vio, en una visión, a los gloriosos príncipes Pedro y Pablo que venían hacia él: el primero, Pedro, parecía darle un bastón, Pablo un libro, y añadían diciendo: “Ve, predica, pues has sido elegido por Dios para este ministerio”. A continuación, en un instante, le pareció ver a sus hijos dispersos por el mundo, yendo de dos en dos y predicando la palabra de Dios a los pueblos”.

El sueño de Inocencio III y la visión en San Pedro: la Orden de Predicadores nació en el corazón de Domingo y totalmente al servicio de la Iglesia.

El Concilio Vaticano II recordó que “el pueblo de Dios se reúne, ante todo, por la palabra del Dios vivo” (Presbyterorum Ordinis 4). La predicación se había diluido y Domingo tuvo el don de volver a

sacarla a la luz. Aunque comenzó a predicar contra los herejes y quiso evangelizar a las poblaciones paganas, en realidad su ministerio se extendió a todo el pueblo fiel, como en Bolonia cuando predicó “a los estudiantes y a otras personas de bien”.

En las fuentes se repite muy a menudo la imagen del santo que celebraba – cantaba – la misa todos los días, e incluso de viaje cuando podía, derramando abundantes lágrimas durante el canon y en el Padre Nuestro. Es que la Palabra se realiza y se comprende en la Eucaristía, como enseña el relato de los dos discípulos de Emaús (Lc 24, 27-31). Además, de nuevo en las Fuentes, se recuerdan sus éxtasis en el momento de la elevación de la Hostia consagrada: “Frecuentemente, pues, en la elevación del cuerpo del Señor durante la misa, quedaba arrebatado en tal éxtasis, como si viera allí presente a Cristo encarnado; por esta razón, durante mucho tiempo no oyó la misa junto con los demás”.

Su vida, al igual que su mensaje, su legado y su santidad, siguen siendo aún hoy la “piedra angular” sobre la que se asienta la Orden de Predicadores y un ejemplo al que toda la Iglesia debe mirar para aprender a modelar la propia vida sobre la de Cristo, al servicio de los hermanos. Como hizo Domingo. ■

Fr. Gianni Festa O.P.
Postulador General de la Orden de
Predicadores

Santo Domingo, entre el centro y la periferia



El historiador dominico Fray Simon Tugwell, en el primero de su serie de artículos sobre Domingo de Caleruega, publicado en 1995 en la revista *Archivum Fratrum Praedicatorum*, tituló un capítulo “Domingo y sus Papas”. Allí argumentó sobre la relación personal que Domingo tuvo con los dos primeros Papas del siglo XIII, Inocencio III (1198-1216) y Honorio III (1216-1227): fue gracias a la apertura de ambos a su proyecto que la Orden de Predicadores nació y se extendió rápidamente en las diferentes regiones de la Europa cristiana.

A estos dos papas hay que añadir un tercero: Gregorio IX (1227-1241) que, siendo aún cardenal Ugolino, obispo de Ostia, estuvo unido a Domingo por una profunda amistad, hasta el punto de presidir sus funerales en Bolonia en 1221. Fue Gregorio IX quien canonizó al fundador de la Orden de Predicadores en 1234. Una fuente del siglo XIII, conocida como Carta del beato Jordán de Sajonia sobre la traslación del cuerpo de santo Domingo, informa que el Papa Gregorio, incluso antes de la propia traslación, que tuvo lugar en 1233, expresó su convicción sobre la santidad de Domingo.

A las filas de los pastores de la Iglesia universal que pueden ser llamados “papas de Domingo” ciertamente pertenece el Papa Francisco. En su discurso a los participantes en el Capítulo General de la Orden de Predicadores el 4 de agosto de 2016, en el año de las celebraciones del octavo centenario de la fundación de la Orden, el Papa elogió a Domingo por su obra, remarcando que “Su ejemplo es impulso para afrontar el futuro con esperanza, sabiendo que Dios siempre renueva todo”. Hoy, en su carta *Praedicator Gratiae*, escrita

con motivo del octavo centenario del dies natalis de santo Domingo, el Pontífice vuelve a destacar los diversos aspectos de la personalidad del Santo y sus múltiples aportaciones a la Iglesia de la época. Algunos de estos aspectos también podrían resumirse en la extraordinaria capacidad de Domingo para moverse entre el centro y la periferia, o mejor aún, entre los centros y las periferias.

Domingo demostró un gran valor al ir más allá de la tradición monástico-canónica en la que se había formado, sin abandonarla completamente, para realizar su vocación de predicador itinerante del Evangelio ante las necesidades actuales de su tiempo. Las fuentes explican su compromiso amoroso con la gente de las periferias sociales y eclesíásticas por su anclaje en el amor a Cristo, centro de su vida de predicador. Como atestiguó un fraile durante el proceso de canonización, el interés de Domingo se centraba no sólo en la salvación de los cristianos, sino también en la de los no creyentes: no quería permanecer aislado de estos últimos para mantener intacta su fe, sino que deseaba ardientemente encontrarse con ellos, con humildad y respeto, para comunicarles su fe en Jesucristo. Y es precisamente esta intención la que está en la base de la Orden que fundó. Sin embargo, para que sus hermanos tuvieran éxito en esta empresa, también se preocupó/ocupó de su formación, enviándolos a París, el centro intelectual de Europa en aquella época. El Papa Francisco ha destacado la importancia de esta opción de Predicadores bien preparados para la misión evangelizadora de la Iglesia.

Un aspecto importante y conocido de la personalidad de Domingo es que buscó la cercanía con los papas, eje de la Iglesia universal: y esto, ciertamente, no para buscar ventajas personales, ni para beneficiarse del apoyo del “poder” central, sino para obtener el respaldo de su proyecto de predicación destinado a la salvación de las almas, el objetivo último de la predicación. Los historiadores han enfatizado repetidamente el enfoque de Domingo sobre esta finalidad que será el elemento fundamental de la legislación dominicana. Este aspecto ha sido llamado por el historiador alemán Gert Melville “racionalidad del sistema” (*Systemrationalität*) y presentado como la razón del éxito de la Orden de Domingo en el medioevo.

Refiriéndose a la forma comunitaria de gobierno de la Orden de Predicadores elegida por el fundador, el Pontífice señala otra característica personal de Domingo: el hecho de que su papel de ser el centro o el principio de unidad de la Orden no era para él una razón de éxito personal, sino una razón de servicio a la Iglesia. La nostalgia de la periferia, de la vida de simple predicador, no le abandonó hasta el final de su vida terrenal. En conclusión, creo que puedo decir, sin temor a equivocarme, que la extraordinaria capacidad de Domingo para ser un hombre de equilibrio entre el centro(s) y la periferia(s) es la razón por la que siempre merece nuestra atención. ■

Fray Viliam Štefan Dóci O.P.
 Presidente del Instituto Histórico de la
 Orden de Predicadores

¡Sus hermosos pies!



Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la buena noticia (Isaías 52:7).

Santo Domingo debió tener unos pies hermosos porque permitió que esos pies lo convirtieran en un apóstol de las periferias proclamando la Veritas, refutando el error y llevando sus bendiciones a todos. Esos pies eran seguramente pies santos: puros como el lirio virginal; ardientes e inquietos como una antorcha en la boca de un perro, y brillantes como una estrella, habiendo instruido al pueblo de Dios en la bondad.

Eran pies valientes que literalmente huían de la riqueza y la comodidad para llegar a las profundidades de la pobreza evangélica sometiéndolo todo a los pies del Señor. Esos pies,

probablemente desgastados y deformados por los viajes misioneros aparentemente interminables, eran ciertamente inspiradores para contemplar y edificantes para reflexionar. Eran los pies de un Hermano misionero que perturban nuestros fríos corazones y avergüenzan nuestros pies arrastrados hasta ahora. Cuando esos pies no caminaban para Dios, sólo se detenían para predicar y orar y estudiar a los pies del Señor. Cuando no caminaban para la misión, esas piernas se doblaban ante los pies del Señor.

Cuando los pies tuvieron que dejar de caminar, sólo se detuvieron para permanecer en pie predicando y bendiciendo. Los valientes pies que no conocían el descanso eran los mismos hermosos pies que el Señor lavaba mientras Domingo oraba y estudiaba. Sí, creo que Santo Domingo se dejaba lavar los pies por el Señor en sus momentos de soledad con Él. Esos momentos de lavado místico íntimo de los pies por el Señor en la oración hicieron que los pies de Santo Domingo fueran hermosos hasta la muerte y más allá de su dies natalis. Porque la oración no es sólo ofrecer a Dios nuestro reconocimiento; la oración es también permitir que Dios nos moldee como la arcilla en la mano del alfarero (Jer18,6); es permitir que Dios lave con sus aguas de misericordia nuestra vida y ministerio manchados por el pecado original.

Cuando esos pies ya no podían caminar y su dies natalis había despuntado, dio instrucciones sencillas y claras: “¡Enterradme bajo los pies de mis hermanos!”. Este hombre santo, que había usado sólo y siempre sus pies para anunciar la buena noticia, ¡quiso ser enterrado bajo los pies de sus hermanos! Era como si dijera sin más: “Cuando mis pies mueran con mi cuerpo y ya no puedan caminar para llevar la buena nueva, será el momento a partir del cual toque a los hermanos usar sus pies para alabar y bendecir y predicar. Olvidadme, pero no olvidéis la misión”.

Santo Domingo parecía totalmente liberado del deseo de ser honrado y ensalzado, alabado y recordado. Estaba dispuesto a ser pisado y a ser olvidado bajo los pies de sus hermanos en obediencia al ejemplo del Señor que “se despojó de sí mismo, tomando la condición de esclavo” (Fil.2:7). Pisa sobre mí; déjame ser el suelo que te lleve al altar. Pisa sobre mí; “Él tiene que crecer y yo tengo que menguar” (Juan 3:30).

A los pies del Señor, Domingo lo depositó todo. A través de los pies de Domingo, el Señor llegó a los confines de la tierra. ■

+ Socrates B. Villegas, O.P.
(Fraternidad Sacerdotal de Santo Domingo)

Arzobispo de Lingayen-Dagupan

Una mirada femenina: Domingo y las monjas de la Orden de Predicadores



“Ninguna ostentación de extraña piedad, simple humanidad. Demasiado simple para hagiógrafos y cronistas de alto saber”: así escribe Simon Tugwell en su Homenaje a un Santo (en G. Bedouelle, La fuerza de la palabra. Domingo de Guzmán), en la oración que dirige a santo Domingo. “Humanidad sencilla”: Domingo vivió en un período de tiempos cambiantes y de nuevos desafíos para la misión evangelizadora de la Iglesia, como escribe el Papa Francisco en su carta a la Orden, Praedicator Gratiae. Podríamos decir con certeza: ¡nada nuevo! En efecto, hoy vivimos una época de cambios, como nos ha recordado el mismo Papa en varias ocasiones. ¿Qué puede decir el carisma de Domingo, hoy, a las mujeres y hombres de nuestro tiempo? Ciertamente, sigue siendo fascinante, dado que su Orden está muy viva. Se discutirá, y seguramente habrá personas mucho más competentes que yo y con mayor experiencia que podrán proponer respuestas a esta cuestión.

Sin embargo, como monja de la Orden de Predicadores, puedo acoger esta cuestión para mi

propia vida, también a la luz de esa santidad “femenina” que está bien presente en nuestra historia.

Todo comenzó... a partir de un encuentro que Domingo tuvo en el camino emprendido con su Obispo Diego, para cumplir una misión diplomática. Habiendo cruzado las fronteras de España, en el sur de Francia, Domingo se encontró con la herejía cátara, o mejor dicho, se encontró con los herejes cátaros. Escucha, discute, convence: la luz de la mañana verá la conversión del posadero pero también la de Domingo que capta en esa experiencia la urgencia de una predicación renovada en estilo y testimonio, visible en una comunidad que viva como la primera comunidad apostólica.

El primer núcleo de la Orden lo formó un grupo de mujeres procedentes de la herejía cátara que, aceptando su predicación y estilo de vida, se reunieron en Prulla, en el sur de Francia, y formaron la primera comunidad de monjas. Una presencia que nunca se ha interrumpido. Mujeres, cátaras: una “periferia”, si quisiéramos utilizar una terminología tan querida para el Papa Francisco. A través de esta elección, Domingo expresa su convicción de que no hay persona que no merezca ser escuchada, y ninguno o ninguna a quien no seamos enviados a proclamar la Palabra de vida, Cristo el Señor. Son innumerables los testimonios de mujeres que lo conocieron y se sintieron atraídas por su amabilidad, su humanidad y su alegría y lo siguieron en el camino del seguimiento de Cristo... Domingo no es para nada un “santo de rostro triste”: los testigos nos dicen que nadie era más alegre que él y, como amaba a todos, era amado por todos (¡y todas!) (cf. Libellus, 107).

Domingo es el santo que quizás más que ningún otro nos ha mostrado la confianza de Dios en cada hombre y cada mujer. Esto se manifiesta concretamente en el estilo de vida en común, deseado por él, que incluye también nuestro particular estilo de gobierno: somos hermanas, hermanos, que nos reunimos para comprender juntos cuál es el camino que el Señor nos indica, ya sea hacia nuevas fronteras, o –¡más difícil!– el de la conversión. Juntos. Nuestros capítulos son nuestra cruz y nuestra gracia: ¡cuántas veces entramos en el capítulo con preocupaciones o tensiones y luego salimos desconcertados por las

soluciones que han surgido y la alegría que compartimos!

Domingo confiaba en las mujeres, en sus hermanas: si bien fue él mismo quien se ocupó de la formación de las primeras monjas de Prulla, para las monjas de Roma fueron las monjas francesas las llamadas a transmitir el carisma, sin menoscabar en nada la figura del Fundador. La confianza y el respeto también fueron mostrados por el primer sucesor de Domingo, el beato Jordán de Sajonia, quien pidió (y obtuvo) que algunas monjas del monasterio de Roma se trasladasen a la nueva fundación en Bolonia para formar a las mujeres que habían recibido el hábito religioso de sus manos.

Hermanos y hermanas: una sola Orden, desde hace 800 años, la Sancta Praedicatio. Una unidad que no siempre es fácil de encarnar y vivir, pero que sin duda es un reto y una oportunidad que acoger...

En el Libellus, la primera biografía de Santo Domingo escrita por el beato Jordán, leemos que "Dios le había otorgado la gracia singular de llorar por los pecadores, por los desdichados y por los afligidos. Gestaba sus calamidades en lo íntimo del sagrario de su compasión (en lo más íntimo de su corazón), y el amor que le quemaba por dentro salía bullendo al exterior en forma de lágrimas" (cf. Libellus, 12). En la Edad Media, se suponía que lo "más íntimo del corazón" era sólo de Dios: sin embargo, el corazón de Domingo estaba habitado por Cristo, a quien amaba infinitamente, y por todos los que están en el corazón de Dios, los pobres, los pecadores, los herejes, los alejados... Las monjas están llamadas a seguir siendo este "seno materno", este "corazón escondido", rico en compasión, en el que todos encuentran un lugar, en el que nadie está excluido y del que se eleva constantemente una oración de alabanza e intercesión.

Nuestros monasterios siguen siendo hoy ese "puerto abierto" al que cualquiera puede acudir, con la certeza de encontrar un corazón que escucha, que ofrece la única Palabra que puede dar esperanza, la liberación de los ídolos y de las cadenas que oprimen y la certeza de que lo recordaremos en la oración. Las monjas son la memoria permanente de que la predicación

proviene de la contemplación, de la experiencia de Dios.

A lo largo de estos 800 años encontramos muchas luces de santidad en nuestros monasterios. Deseo recordar a dos hermanas para mí muy queridas y menos conocidas que las grandes Catalina de Siena y Rosa de Lima: Santa Catalina de' Ricci (Prato) y la Venerable Domenica da Paradiso (Florencia), que recuerdan el "hablar con Dios o de Dios" de santo Domingo. Ambas reconocidas como "madres espirituales", "predicadoras" a través de sus escritos (destaca el Epistolario de la Santa de Prato) y de sus encuentros en el locutorio, fueron puntos de referencia en la vida e historia de su tiempo. Ambas fueron testigos de un amor extraordinariamente apasionado por la humanidad de Cristo, por su Palabra de Verdad. Es este amor, don del Espíritu, el que abre sus ojos y las hace contemplativas: capaces, como Domingo, de mirar la realidad, la Historia con los ojos mismos de Dios. La mirada de Dios es "caridad activa", como la que Domingo había pedido para sí mismo, para ser verdaderamente un discípulo de Cristo. Una caridad que tiene su raíz en la verdad vivificante y liberadora de la Palabra de Dios (cf. Papa Francisco, Praedicator Gratiae).

"Firma apenas legible en los pergaminos de la historia. Tan simple como para no ocultar el rocío de la luz divina", escribe Simon Tugwell: Domingo desaparece entre los pliegues de la Historia, unas pocas líneas y nada más. No nos ata a él mismo, sino que se remite siempre a su Señor; no deja escritos, porque es un humilde servidor de la Palabra, de la Iglesia y del Magisterio.

Y es así, en toda nuestra historia de siglos: también nosotros, hijas e hijos de Domingo somos humildes servidores de la Palabra, servidores de Cristo que salva, servidores de cada hermano y hermana. "Simple humanidad". Sí: Domingo, Praedicator Gratiae, está vivo en su Orden. Imposible no amarlo... ■

Hna. Paola Panetta, O.P.

Domingo, Predicador de la Gracia



Hace 800 años murió santo Domingo. Es una ocasión para que la Iglesia dé gracias “por la fecundidad espiritual de ese carisma y esa misión, que se manifiesta en la rica variedad de la familia dominicana” (PG 1). Como escribió Georges Bernanos en el siglo pasado, el rostro de Domingo se funde ahora con el de su Orden: “Si pudiésemos elevar una mirada única y pura sobre las obras de Dios, la Orden de Predicadores nos aparecería como la caridad misma de santo Domingo, realizada en el espacio y en el tiempo, como si su oración se hubiera hecho visible”. Si hay desde siempre muchos carismas en la Iglesia, es raro que sigan vigentes varios siglos más tarde. ¿De dónde viene esta fecundidad?

Lo que llama la atención de Domingo es que estaba perfectamente a la escucha “de la necesidad urgente de su tiempo” (PG 2). Ahora bien, como señala el Papa Francisco, esta necesidad era doble. Había la necesidad de una nueva evangelización, a la que santo Domingo respondió con una predicación pobre e itinerante; pero existía, “igualmente importante (...), un llamado a la santidad en la comunión viva de la Iglesia” (PG 2). Domingo comprendió desde el principio que sin una santidad vivida, la suya propia y luego la de sus comunidades, la predicación estaría, tarde o temprano, condenada al fracaso, y que sin un retorno decidido a la forma de vida de la primera comunidad cristiana, la palabra del Evangelio se perdería en el bullicio del rumor de los tiempos.

Podemos ver en ello una lectura muy profunda y original de lo que significa ser contemporáneo de su tiempo. El filósofo G. Agamben enunció la

siguiente tesis: “Contemporáneo es aquel que recibe en pleno rostro el haz de tiniebla que proviene de su tiempo”. Y esto es lo que le ocurrió a Domingo durante la hambruna de Palencia, cuando, movido por la compasión ante tanta angustia, “vendió sus preciosos libros y, con una bondad ejemplar, estableció un centro de limosnas...”, y de nuevo, de forma decisiva, cuando descubrió la gran miseria de la herejía en Languedoc. Pero, continúa Agamben, esto no es suficiente: la auténtica contemporaneidad requiere algo más, debe ser capaz de “percibir en la oscuridad del presente esta luz que busca alcanzarnos y no puede hacerlo”, y añade: “por ello los contemporáneos son raros”. Para Domingo, esta luz sólo podía ser la del Evangelio, que debía tener la valentía de hacer brillar verbis et exemplo en su pureza original más allá de todo lo que la encubría en los discursos y costumbres de la época; y la valentía del Evangelio no es otra cosa que la santidad. Lejos de aislarlo y alejarlo de su tiempo, la santidad era, por tanto, esa matriz de luz que, extraída de Dios, sostendría y llevaría su respuesta como predicador de la gracia a la oscuridad de la época.

Por eso “cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio” (GE n°19). Si la aparición de un carisma es siempre datada y circunstancial, cuando es portado por la santidad, se reviste de la fuerza de la vida divina que no conoce fin; entonces puede durar y dar fruto. Esta es “la perenne actualidad de la visión y el carisma de santo Domingo” (PG 3), y no en un sentido puramente temporal, sino en el sentido metafísico de una actualitas que se remite a la capacidad de operar e “inter-venir” con eficacia en el fluir del tiempo ordinario. Y puesto que el carisma del santo tiene su fuente en Dios, se da también a toda la Iglesia como bien propio y como tal puede “servir como inspiración a todos los bautizados” (PG 3).

“La gran vocación de Domingo fue predicar el Evangelio del amor misericordioso de Dios en toda su verdad salvadora y su poder redentor” (PG 4). Sorprendentemente, Frà Angelico elige casi siempre representar a Domingo, el predicador, en silencio al pie de la Cruz, bajo el resplandor de la misericordia de Dios. Allí descubre que es el

destinatario del Amor crucificado que cree y sabe que está destinado a todos. Una misma experiencia le hace experimentar su propia salvación y la fraternidad universal de la miseria del pecado y que la Misericordia no tiene límites. Que este encuentro salvífico pueda perderse se convierte en su angustia. Por eso suplica y grita, como para desgarrar el abismo y abrir una puerta a la Misericordia. Cuanto más la recibe, más percibe su invitación universal, y cuanto más se deja configurar por ella, más su oración frecuente y singular... pidiéndole a Dios “darle la verdadera caridad para cuidar y trabajar eficazmente en la salvación de los hombres, juzgando que sólo sería miembro de Cristo cuando se consagrara por entero a la salvación de las almas” (Libellus, 13). Fray Angélico lo entendió: al pie de la Cruz, el llamado a la santidad y el llamado a la misión son para Domingo una sola y misma cosa.

Se ponen así de manifiesto dos rasgos importantes del carisma dominicano. En primer lugar, la predicación de la gracia no es sólo del orden del discurso y del contenido doctrinal, sino que aspira a lanzarse como el acontecimiento de la palabra que daría al destinatario el ardor de un encuentro íntimo con el Salvador, un relámpago en el que la palabra se haría efectiva, performativa, capaz de “encender los corazones” (PG 2), de “despertar en ellos la sed de la venida del reino...” (PG 5). En segundo lugar, la insistencia del santo en pensarse a sí mismo como Hermano Domingo procede de la urgencia de la comunión que extrajo de la misericordia divina: allí, todo hermano humano, tanto amigo como enemigo, fue elevado al rango de un verdadero Tú para Dios por la muerte de su amado Hijo en la cruz.

Recordar a Santo Domingo, que quería ser llamado hermano, en un momento en que el Papa Francisco acaba de ofrecer al mundo la encíclica *Fratelli tutti* ¿no es un guiño de la Providencia? En cualquier caso, aquí se proponen tres tipos de compromiso con la Orden, como otros tantos círculos concéntricos.

En primer lugar, el Papa pide “cooperar en todos los esfuerzos para parir un mundo nuevo, donde todos seamos hermanos...” (PG 5). Es una invitación a entrar resueltamente en el camino abierto por *Gaudium et Spes*: los cristianos tienen el derecho y el deber de aportar su contribución a

la construcción de un mundo más fraterno, sin temer asumir los retos que puedan estremecerlos. Es cierto que la mayoría de nuestros contemporáneos no comparten, y a menudo incluso rechazan, el rostro de Dios a la base de la fraternidad cristiana. Pero este rechazo no puede deslegitimar el compromiso de trabajar junto a ellos. Es una cuestión que toca la pertenencia a Cristo y la voluntad de Dios de que nadie se pierda. Y para la Orden, es la compasión de Domingo frente a toda adversidad.

El segundo pedido tiene que ver con la renovación del mandato de la predicación por parte de la Iglesia: “¡Que la Orden de Predicadores, ahora como entonces, esté en la vanguardia de un anuncio renovado del Evangelio, que pueda hablar al corazón de los hombres y mujeres de nuestro tiempo y despertar en ellos la sed de la venida del reino de santidad, justicia y paz de Cristo!” (PG 5). Esto significa que la Iglesia sigue necesitando predicadores de la gracia para “despertar las fuerzas espirituales” (FT 276) que fecunden los compromisos en el centro – en el corazón – y en los márgenes de la Iglesia.

Pero la contribución más valiosa de la Orden a la fraternidad universal proviene simplemente de la “vida en común” que Domingo quiso, instituyó y vivió. No es que la vida en común realice plenamente la fraternidad, pero la pone en marcha con las herramientas eficaces que son el compartir los bienes, la convivencia, el servicio, la hospitalidad... La vida en común es un laboratorio prometedor para la fraternidad. El genio de Santo Domingo fue infundir el ideal en el gobierno, eligiendo una “forma inclusiva de gobierno en la que todos participaban en el proceso de discernimiento y toma de decisiones” (PG 6). Es entonces posible abandonar la lógica de la violencia y de la competencia, es posible y bueno vivir juntos y, alimentados por la Eucaristía y la palabra de Dios, abrirse a una realidad más misteriosa, la de la unidad en Dios mediante la construcción del Cuerpo de Cristo. Por ello, la vida en común, más que cualquier otra cosa, tiene el valor de “testimonio profético del plan último de Dios en Cristo para la reconciliación y la unidad de toda la familia humana”, y como tal constituye un “elemento fundamental del carisma dominicano” (PG 6).

Cuando el Papa Francisco habla finalmente de los frutos de santidad y a veces de genialidad que ha dado el gran árbol multiseccular de la familia dominicana (PG 7), destaca “la destacada contribución que han realizado a la predicación del Evangelio a través de la profundización teológica de los misterios de la fe” (PG 8) ¡Es históricamente tan cierto que el dominico, en la opinión común, es un intelectual!

Pero la iniciativa se remonta al propio santo: “Al enviar a los primeros frailes a las nacientes universidades de Europa, Domingo reconoció la importancia vital de proporcionar a los futuros predicadores una sólida formación teológica...” (PG 8). En esto se diferenciaba mucho de san Francisco, que siempre desconfió de una “ciencia que hincha” (1 Cor 8,1). “El estudio” era para santo Domingo un elemento tan fundamental de la identidad dominicana que lo prescribió desde el principio incluso a las monjas que reunió en Roma (Primeras Constituciones de San Sixto). Pero siempre lo combinó con la pobreza y la vida en común. Pobre, porque no busca hacer carrera, sino que se pone “al servicio de la revelación de Dios en Cristo” (PG 8). Pobre, sobre todo en su esfuerzo por despojar la mente de los ídolos que son las falsas concepciones de Dios o del hombre, en su mendicidad de un rayo de luz evangélica sobre las realidades que escruta, y al final en una radical desnudez ante el misterio siempre mayor de Dios.

En cuanto a la fraternidad, ella constituye a la vez el sustrato y uno de sus objetivos: confiando en la inteligencia humana, la equipa sólidamente para el cuestionamiento, el diálogo y el debate. En un mundo de violencia, este recurso a la razón y al diálogo será siempre el primer paso hacia el respeto del otro. Por lo tanto, estudiar es también “amar con toda su capacidad de comprensión”, como dijo una vez una monja.

En la confluencia de la fe y de la razón, de la contemplación y del impulso misionero, el estudio ilumina particularmente bien un ritmo, una “cadencia” típicamente dominicana, que consiste en poner en tensión polos que, sin ser contradictorios, son sin embargo opuestos y que requieren a la vez un ir y venir del uno al otro – es Domingo consagrando sus días al prójimo y sus noches a Dios – y una penetración mutua, ya que en el plan de Dios están unidos – es Domingo

aprendiendo a temprana edad “a apreciar la inseparabilidad de la fe y la caridad, la verdad y el amor, la integridad y la compasión” (PG 4). Esta tensión no resuelta podría derivarse del mandato del Señor a los apóstoles de “no pertenecer al mundo”, mientras que, al mismo tiempo, son “enviados al mundo”. Esto crea, para el apóstol, una condición paradójica en la que no puede estar totalmente de acuerdo con ninguna de las operaciones que tienen lugar en el mundo, sin por ello pueda ausentarse de él, mientras trata de mantener unidas realidades que en el orden del mundo parecen excluirse mutuamente. Esta vida en tensión, que era la de Domingo, sería entonces como la proyección, en la existencia finita, del infinito de la vida divina donde coinciden los opuestos.

Atrevámonos a ir más allá y a formular la hipótesis de que el mantenimiento de esta tensión es una garantía de fecundidad, mientras que su relajación por la pérdida de uno de sus polos es un signo de desviación del carisma. Retomando el ejemplo de la teología, cuando la preocupación por la verdad se combina con la de una caridad concreta y efectiva es allí cuando la Orden escribe las páginas más bellas de su historia: “La unidad de la verdad y la caridad encontró quizás su más bella expresión en la escuela dominicana de Salamanca, y particularmente en el trabajo de fray Francisco de Vitoria, quien propuso un marco de derecho internacional basado en los derechos humanos universales. Esto, a su vez, proporcionó el fundamento filosófico y teológico para los heroicos esfuerzos de los frailes Antonio Montesinos y Bartolomé de Las Casas en las Américas, y Domingo de Salazar en Asia, para defender la dignidad y los derechos de los pueblos nativos” (PG 4). Al contrario, si se descalificara la verdad en favor de la sola observancia religiosa, o si la defensa de la verdad olvidara el primado de la caridad, entonces se escribe una página más oscura, como en los excesos de la Inquisición...

En cuanto al espacio ampliamente abierto entre los polos en tensión, éste da lugar a expresiones e iniciativas tan múltiples como variadas. “La religión de mi hijo Domingo es un jardín delicioso, ancho, alegre y perfumado”, dijo un día Nuestro Señor a Santa Catalina, que lo transmite. ■

Sor Marie TRAINAR, O.P.
Monasterio de Langeac
Francia

La fuerza de la contemplación



Primero de todo quiero agradecer al Sto. Padre por esta carta a toda la familia dominicana. En ella nos anima y nos impulsa a vivir más intensamente nuestro carisma dominicano, – en mi caso – como monja de vida contemplativa.

Nuestro Padre santo Domingo era, sobre todo, un hombre de oración y de contemplación. En aquel tiempo él veía la importancia de la oración y creía que la fuerza de la contemplación y de la vida oculta podrían salvar a las almas que vivían en las tinieblas de la herejía. Por eso fundó primero un monasterio de vida contemplativa en Prulla como apoyo para su vida apostólica. Y a la vez, “su celo por la salvación de las almas lo llevó a formar un cuerpo de predicadores comprometidos, cuyo amor por la sagrada página y cuya integridad de vida pudieran iluminar las mentes y encender los corazones con la verdad vivificante de la palabra divina”.

Es bien impresionante el fervor de santo Domingo por la oración. El dedicaba toda la noche a hacer oración. Los “Nueve modos de oración” son una herencia muy grande para todos sus hijos: la inclinación, la postración, la genuflexión, orar con las manos como escucha la Palabra de Dios, los brazos extendidos, las manos levantadas en forma de flecha, etc. Estos gestos son la expresión de su amor hacia Dios y del fervor por la salvación de las almas. Cuando uno se enamora de Dios y experimenta su gran Amor, no puede menos de expresarlo, y ponerlo en acción.

Cuando yo tenía unos 15 años, fui a un templo budista. Nosotros como tenemos cultura oriental el budismo está muy metido en nuestra historia. Allí fuimos de excursión todas las chicas del colegio. Siendo yo católica desde mi nacimiento, nunca había visto el culto de los budistas, pero aquel día vi allí a una compañera de nuestro salón que oraba con gestos en el templo: ella estaba de pie con las manos juntas. Abría las dos manos extendiendo los brazos a ambos lados. Hacía un círculo grande y otra vez juntaba las manos. Se ponía de rodillas. Su cabeza tocaba casi el suelo y las palmas de las manos hacia arriba. Parecía como si estuviera ofreciendo todo su ser.

Al ver estos gestos me daba una impresión tan grande... Aunque no era budista me daba respeto su culto y me di cuenta que en el alma del hombre hay espíritu religioso y una búsqueda de Dios.

Actualmente, en Asia existen varias religiones, diferentes culturas y situaciones: Están los países en que surgen muchas vocaciones sacerdotales y para la vida consagrada. Sin embargo, hay otros que niegan a Dios y lo persiguen de manera directa e indirecta. Hay hombres que persiguen a otros en nombre de Dios. Hay conflictos, hay sufrimiento a causa de la dictadura. Hay almas que nunca han escuchado el nombre de Jesús y siguen a un dios extraño.

Si hubiese vivido santo Domingo en este tiempo y visto las circunstancias de Asia, ¿qué habría hecho? Esto que el Papa dice en la Carta: “Su testimonio de la misericordia de Cristo y su deseo de llevar su bálsamo de curación a aquellos que experimentaban la pobreza material y espiritual había de inspirar la fundación de su Orden y dar forma a la vida y el apostolado de incontables dominicos en diversos tiempos y lugares”. Creo que los hijos de santo Domingo están prolongando su misión hasta ahora. Y a nosotras, como monjas contemplativas, nos toca la misión de oración e intercesión que nos dejó en herencia con tanto fervor Sto. Domingo. Quisiéramos prolongar sus nueve modos de oración, sus vigilas, su penitencia, sus gritos, su llanto, sus lágrimas, abarcando en nuestros corazones todos los problemas de Asia y a los dominicos que trabajan en tierra de misión.

De nuevo agradecemos al Santo Padre su carta y le decimos que está muy presente también él en nuestra oración. ■

Sor Rosa M^a LEE, O.P.
 Monasterio Madre de Dios
 Seoul, Corea

Desbordando la alegría del Evangelio



La significativa y profunda carta del Papa Francisco dirigida a toda la Orden en este año jubilar, remueve cálidamente nuestras comunidades de vida contemplativa, recordándonos el compromiso y la implicación que tenemos las monjas desde el inicio de la "Santa Predicación". Nuestra Región de Sudamérica y el Caribe tiene gracias al amor misericordioso de Dios, faros que iluminan y orientan el camino de la predicación, nuestros monasterios son hogares que mantienen viva y caliente la hoguera de la Palabra, de la alabanza, de la acogida, de la compasión, de la caridad, de la esperanza... En este octavo centenario de la muerte de Santo Domingo, cada comunidad contemplativa se ha convertido en matriz (útero), donde gestamos con corazón de madres, el llanto, el grito despiadado, la desesperanza, el dolor, la impotencia de los más débiles..., queremos dar a luz a través de nuestra vida orante, silenciosa, escondida en Cristo, el testimonio que nos legó nuestro Padre Domingo, llevar el bálsamo suave del consuelo a todas las "periferias" de nuestros países que claman misericordia.

Ayer como hoy, las monjas, corazón de la Misión de la Orden, nos mantenemos de centinelas de luz

en medio de la oscuridad denunciando: "Acaso ¿estos no son hombres que tratamos y humillamos como esclavos? Acaso ¿éstos no son hombres, que son frágiles de fe y no ayudamos?" Animamos a la Familia Dominicana, haciendo eco de las palabras del Papa Francisco, a no tener miedo y correr el riesgo de predicar la justicia, la verdad, de defender y cuidar la vida en todas sus formas. Nuestra Región reclama nuevos "Franciscos de Vitoria", necesita la voz de "Antonios Montesinos", es indispensable comunidades que sean "Bartolomé de las Casas".

Ante tanto olor desagradable de opresión, perfumemos con el suave olor de Cristo como lo hizo Rosa de Lima, Fray Martín de Porres, Fray Juan Macías, Sor Ana de los Ángeles Monteagudo y Fray Luis Bertrán, desbordando la alegría del Evangelio, haciéndonos pan de caridad, construyendo con sencillez la paz y cultivando con exquisita delicadeza la comunión y la fraternidad. Como dice un canto que sintetiza bellamente la presencia de la misión dominicana: "Domingo tu voz en América, descubre la fuerza de la verdad, Domingo tu voz en América, es fuego de libertad".

■

Sor Irene Díaz, O.P.
 Monasterio Vble. Catalina de Jesús
 Herrera
 Federación Santo Domingo en Ecuador
 Región Sudamérica

Una sola alma y un solo corazón en camino hacia Dios



"El testimonio de la fraternidad evangélica (...) sigue siendo un elemento fundamental del carisma

dominicano”. Esto es lo que podemos leer en la hermosa carta del Papa Francisco a la Orden.

Como monjas dominicas, vivimos, al igual que las demás ramas de la Orden, según la Regla de San Agustín: “ Ante todo, que habitéis unánimes en la casa y tengáis una sola alma y un solo corazón en camino hacia Dios “.

La fraternidad está al centro de nuestra forma de vida. Esto es lo que nos recuerda el tema de este año jubilar, “A la mesa con santo Domingo”: no hay mejor icono de la fraternidad dominicana.

En un mundo fragmentado en el que tantos hombres y mujeres sufren la soledad o el fracaso de las relaciones, esta exigencia de fraternidad vivida en las cosas más pequeñas de cada día es un mensaje importante. La fraternidad es también nuestra primera forma de predicación, un testimonio del amor misericordioso de Dios.

“La gran vocación de Domingo fue predicar el Evangelio del amor misericordioso de Dios”, dice igualmente Francisco.

Este amor de misericordia que nos hace vivir juntos es lo que pedimos para toda la humanidad, implorando al Señor siguiendo las huellas de Domingo y Catalina de Siena. Vivir la misericordia en donde estamos, creyendo firmemente que, de manera invisible, la misericordia se extiende y da frutos de vida más allá de nuestras comunidades...

En la sociedad actual, con toda su agitación y rápidos cambios, nuestras comunidades pueden ser lugares en donde conviene ser recibidos para reflexionar, tomar distancia respecto al cotidiano, encontrar la paz del corazón...

Acoger en el corazón y en nuestra casa, ¿no es nuestra manera de vivir concretamente la misericordia que se pide y se recibe en cada etapa de nuestra vida en la Orden?

Y como nos recuerda el Papa Francisco, este camino es el camino de la santidad: “Domingo respondió a la necesidad urgente de su tiempo no sólo de una predicación renovada y vibrante del Evangelio, sino también, e igualmente importante, de un testimonio convincente de su llamado a la santidad en la comunión viva de la Iglesia”.

Monjas de la Orden de Predicadores, estamos comprometidas en este camino de santidad a

través de la oración y de la fraternidad. Aunque a veces el camino sea duro, podemos confiar en la promesa que Santo Domingo dejó a sus hermanos en el momento de su muerte: “No lloréis, os seré más útil desde el cielo”.

En esta confianza podemos avanzar con la alegría, como el Beato Reginaldo que confió: “¡no tengo mérito alguno viviendo en esta Orden pues me encuentro en ella extraordinariamente a gusto!» ■

Sor Lioba HILL, O.P.
Monasterio de Santa María de Prulla
Francia

Perseverancia en la fidelidad



El Papa Francisco, nuestro pastor, nos escribe a los dominicos para animarnos a ser fieles a “la gracia de la perseverancia en la fidelidad (al) carisma fundacional”, para que participemos en la obra de la Iglesia universal. Tampoco podía ser de otra manera, ya que la Orden de Predicadores, como grupo de anunciadores de la Gracia y del Evangelio comparte la misión de la propia Iglesia como anunciadora y predicadora de la Buena Nueva de Jesucristo.

Desde el siglo XIII hasta nuestros días han cambiado muchas cosas, pero la obra de Domingo sigue presente, eficaz y viva: la Orden de Predicadores. Una obra destinada a su tiempo y que la historia ha demostrado que es actual en todos los tiempos. Es innegable hoy la necesidad de dar a conocer el Evangelio y la Buena Noticia a los hombres y mujeres de nuestras sociedades. Hay muchos que nunca han oído hablar de él, otros que lo han olvidado, otros que sólo han oído noticias falsas sobre Jesucristo, otros que están

confundidos y desorientados. Pero la necesidad de la Orden de Predicadores no sólo se justifica por su misión de anuncio siempre presente. Pero también por su método y forma de vida: partir de una vida de fe y oración como fuente y alimento; una vida comunitaria en sencillez y fraternidad; el estudio de la Verdad para darla a conocer. Si no tenemos oraciones, ni métodos de estudio, ni exhortaciones edificantes provenientes directamente de Domingo, tenemos una certeza, que nos dejó una forma de gobierno que el Papa Francisco encuentra una base evangélica y sinodal.

Todos los dominicos lo experimentamos en el día a día de nuestras instituciones, sea cual sea nuestro modo de vida como laicos, monjas, frailes, religiosas de vida activa, miembros de institutos seculares, fraternidades sacerdotales o miembros del movimiento juvenil. La noción de ser hermanos que nos lleva a que las decisiones se traten de igual a igual, el debate libre donde se busca el consenso como método de decisión siempre que sea posible. La decisión y elección democrática, la limitación en el tiempo de los mandatos y su renovación, la transparencia de las decisiones, la participación de todos en el proceso de toma de decisiones, son elementos clave en nuestro vivir y que han sido el soporte de la unidad, y de la fuerza siempre renovada necesaria para llevar a cabo la misión de la predicación. Es en este proceso donde el Espíritu puede manifestarse, no por un individuo, sino como resultado de la búsqueda de la verdad por parte de todos. El Papa Francisco nos recuerda precisamente que Domingo nos dejó los medios para evitar el clericalismo, y que la Orden y la Familia Dominicana en su diversidad y complementariedad de estados y formas de vida conservan en la unidad su misión evangelizadora.

■

Gabriel Silva, O.P. (laico)
 Coordinador del Consejo Internacional
 de las Fraternidades Laicas de Santo
 Domingo

Gracia y unidad

En su carta con motivo del 800 aniversario del “nacimiento de Santo Domingo a la vida eterna”, el Papa Francisco ha a ofrecido a nuestra Orden un



magnífico resumen de la vocación y del carisma dominicano. Gracia y unidad son dos palabras que medito al recibir esta carta como un regalo que renueva mi propio entusiasmo por la vida dominicana. Como hermana apostólica, junto con mis hermanos y hermanas de la Orden de Predicadores, comparto la gracia de la vocación de Domingo y soy testigo de la gracia que predicó ‘verbis et exemplo’.

La gracia de Cristo, que anunciamos en la Iglesia, se recibe y se vive diariamente en nuestra oración y celebraciones litúrgicas, en el estudio y en la predicación. Esta gracia se manifiesta sobre todo en nuestra vida común de caridad fraterna, una vida de misericordia dada y recibida diariamente por todos, una vida de confianza mutua, la vida de hombres y mujeres libres que se esfuerzan para vivir una vida de obediencia. Esta gracia es el fundamento de nuestra unidad de espíritu y de corazones, en cada comunidad y en toda la Orden. Junto a santo Domingo, somos predicadores de la gracia en la medida en que nos abrimos plenamente a ella.

Ser un predicador de la gracia en una sociedad postcristiana es un verdadero desafío. Los conceptos cristianos clásicos de gratuidad, obediencia, libertad, salvación, persona, caridad, misericordia, perdón o comunión son a menudo nociones y realidades ajenas a las que encontramos en nuestro trabajo apostólico. Predicar la gracia significa inseparablemente compartir nuestra propia experiencia de la gracia, e invitar a la gente a experimentar la gracia de Jesucristo. Nuestras palabras no son suficientes y carecen de sentido cuando no pueden verificarse en vidas visiblemente transformadas, y a través de experiencias transformadoras del amor divino.

Nuestra vida dominicana puede hacer que esta experiencia de gracia sea visible y disponible para todos. Como los casamenteros, cuando predicamos a Cristo, invitamos a los demás a un encuentro con Él.

Compartiendo la vocación de Domingo, y viviendo en su familia, somos signos visibles de la gracia recibida, vivida, manifestada y comunicada en la unidad, como nos recuerda con tanta fuerza el Papa Francisco: unidad de palabra y de obra en la predicación, unidad de contemplación y de acción en la vida concreta, unidad de las mentes y de los corazones en el Señor, que culmina en la unidad de la verdad y de la caridad.

Preservar y fomentar esta unidad de verdad y caridad es el reto que el Papa Francisco me presenta en su carta, en todos los aspectos de mi vida como hermana dominica apostólica llamada por la gracia a seguir las huellas de nuestro santo padre Domingo. ■

Sor Hyacinthe Defos du Rau, O.P.
Hermanas Dominicanas de San José
Lymington, Inglaterra

Llamados a responder a las necesidades de nuestra época



Debo expresar mi asombro por la precisión y la perspicacia con la que habla el Papa sobre nuestra forma de vida como dominicos. Sin duda, da una impresión de decir cosas que son tan obvias como arcaicas para cualquier dominico. Él evoca cosas que ya se dan por supuestas para nosotros en nuestra historia; pero él las saca a la luz de manera esclarecedora y vivificante. Así, al leer la carta, no

aprendí cosas nuevas pero sí cosas de siempre desde una luz diferente.

Las encontré muy importantes, interesantes y valiosas. Me siento muy humilde por la condescendencia de Dios, que me llama no sólo a ser cristiana, sino también piedra viva en esta Gloriosa Orden de Predicadores. Al igual que mi hermano, el Maestro Reginaldo, debo confesar que “no tengo mérito alguno viviendo en esta Orden pues me encuentro en ella extraordinariamente a gusto”. Me gustaría compartir algunas reflexiones que me han venido después de reflexionar sobre la carta del Papa para nosotros.

En primer lugar, “Cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio”. Como señala el Papa, nuestro padre santo Domingo respondió a la necesidad urgente de su tiempo con su celo del alma, con la predicación, con los actos de misericordia, con la formación teológica de los hermanos, con el amor a la sagrada página, con la oración, etc. Como Domingo, estamos llamados a responder a las necesidades de nuestra época, caracterizada por cambios de era y nuevos desafíos a la misión evangelizadora de la Iglesia, e inspirar a todos los bautizados a incendiar el mundo entero del amor misericordioso de Dios. Por nombrar sólo algunos desafíos: las herejías que amenazan nuestra época, las guerras, las pandemias, el mal uso de los recursos naturales, la corrupción, los inmigrantes.

Ya que “el diablo teme a los corazones que arden de amor por Dios”, como decía santa Catalina, nosotras, como monjas en África, hemos continuado la misión, la visión y el carisma de nuestra Orden siendo fieles a nuestra herencia, es decir, observando fielmente nuestra vida regular como mujeres libres bajo la gracia para la fecundidad de la predicación de nuestros hermanos y la salvación de todas las almas. No hemos dejado de mostrar hospitalidad a los pobres y a los menos afortunados, que llaman a nuestras puertas en busca de alimento físico y espiritual. Pero, sobre todo, elevamos amorosamente al mundo entero ante el Señor en la celebración de la Eucaristía, la oración litúrgica, mientras velamos en el hogar para mantener el fuego encendido mediante la oración personal, el estudio, el trabajo y la vida en común;

siguiendo el ejemplo de Santa Catalina, que una vez dijo: “No te pido por mí sola, Padre, sino por el mundo entero y particularmente por el cuerpo místico de la Santa Iglesia”.

En segundo lugar, el Santo Padre nos ha expresado su gratitud a los dominicos por nuestra destacada contribución al crecimiento de la Iglesia. Recuerdo una historia que me contó una de mis hermanas. Una vez, que ella estaba en la calle un joven (un estudiante de teología en el seminario de Santo Tomás de Aquino) vino corriendo y le preguntó: “¿Eres dominica? Ella contestó que sí. El joven continuó: usted ha hecho mucho por el desarrollo de la doctrina de la Iglesia y tiene muchos santos”. El joven se marchó después de haber intercambiado algunas otras palabras y la hermana se preguntó, ¿y qué he hecho yo? ¿He contribuido en algo o sólo estoy viviendo de los laureles ganados por otros con su sudor y esfuerzo?

En conclusión, el Papa parece sugerir que nuestra época necesita con urgencia la perspectiva que Domingo nos ha legado. Pero con el Maestro Jordán me lamento: “¿Quién será capaz de imitar en todo la virtud de este hombre? Podemos admirarla, y a su vista considerar la desidia de nuestros días: poder lo que él pudo fruto es no ya de virtud humana sino de una gracia singular de Dios, que podrá reproducir en algún otro esa cumbre acabada de perfección. Mas para tan alta empresa, ¿quién será idóneo?” (Libellus). Recordemos que “es mejor iluminar que simplemente brillar”, como dice santo Tomás de Aquino.

Que la carta del Santo Padre nos desafíe a responder desde el fondo de nuestro corazón: “aquí estoy Señor vengo a hacer tu voluntad” (Is. 6,8), recordando que “en tu voluntad, Señor, está nuestra paz”. Que esta carta nos ayude a “reflexionar sobre el hecho de que Dios nos ha hecho a ti y a mí jardineros, para desarraigar el vicio y plantar la virtud” (santa Catalina de Siena). ¡Santo Domingo Predicador de la Gracia intercede por nosotros! Amén ■

Sor Lucia NGABA, O.P.
 Monasterio Corpus Christi
 Nairobi, Kenia

La fe y la caridad, la verdad y el amor, la integridad y la compasión



Dos frases en *Prædicator Gratia* del Papa Francisco me llaman especialmente la atención. Primero, cuando dice que como estudiante en Palencia Domingo “llegó a apreciar la inseparabilidad de la fe y la caridad, la verdad y el amor, la integridad y la compasión” En segundo lugar, cuando al hablar de la importancia de la vida en común en la tradición dominicana y de cómo ésta inspira una forma de gobierno “sinodal”, el Papa señala el testimonio profético de la “fraternidad evangélica”: “El testimonio de la fraternidad evangélica, como testimonio profético del plan último de Dios en Cristo para la reconciliación y la unidad de toda la familia humana”.

“La fe y la caridad, la verdad y el amor, la integridad y la compasión”: estos pares de virtudes, que van de dos en dos como los apóstoles, implican un orden objetivo, Dios y el otro, y se equilibran mutuamente. Porque la fe sin caridad está muerta. La caridad sin fe es condescendencia. El amor sin la verdad es permisividad. La verdad sin caridad pierde todo su sentido o se convierte en un arma. La integridad sin compasión se convierte en rigidez; la compasión sin integridad, en indulgencia. ¡Incluso las virtudes se benefician de estar juntas!

Me parece que las monjas de la Orden vivimos una de las formas más intensas de fraternidad. Después de los encierros y las cuarentenas de este último año, muchos han tenido una idea de cómo es la vida de clausura. Estar juntos todo el tiempo en el mismo lugar con las mismas personas puede

ser un gran desafío. Es fácil caer en camarillas, facciones y guerras territoriales, haciendo montañas de un grano de arena y, en general, poniéndonos de los nervios unos a otros. La exhortación de San Pablo a los miembros de las comunidades de Colosas y Efeso a “soportarse mutuamente con amor” (cf. Col 3,13; Ef 4,2) suena cada vez más cierta con el paso de los años. Sin embargo, vivimos juntos para crecer en el amor. Sin el Espíritu Santo, esta forma de vida sería realmente imposible de vivir. Creo que esta vida fraterna comunitaria del monasterio es la principal forma de predicar de las monjas. Curiosamente, la gente, al referirse al monasterio, suele hablar de “las monjas” en plural.

En los últimos 20 años, la Iglesia católica de Estados Unidos se ha visto sacudida por las denuncias por abusos sexuales. Tengo muchos amigos y familiares cuya fe se ha visto muy afectada por estos hechos o que han abandonado la Iglesia. No se trata de la enseñanza de una doctrina errada. Se trata de cómo se trató a los vulnerables e indefensos: se abusó de la autoridad y se perdió la confianza. El razonamiento implícito es: “¿Cómo puede ser verdad lo que dicen, cuando tratan así a la gente?” o “¿Cómo puede ser verdadera una institución que permite que este tipo de comportamiento no se controle, incluso cuando se conoce y se denuncia?”. En realidad, todos tenemos un largo camino que recorrer para que nuestra forma de actuar esté en armonía con lo que decimos creer. La vida fraterna es donde intentamos hacerlo. En la época de Domingo, el estilo de vida opulento del clero escandalizaba a los laicos. Diego, Domingo y sus compañeros

cistercienses lo contrarrestaron con un testimonio de pobreza evangélica. Si la Iglesia sufre ahora con los casos de explotación y abuso, podemos contrarrestarlo con la fraternidad evangélica. En una sociedad individualista donde es perfectamente aceptable alejarse cuando las cosas se ponen difíciles, la fraternidad comprometida es contracultural.

Uno de los rasgos más llamativos de santo Domingo es su compasión. Incluso en su oración privada llevaba a los demás con él, como lo atestigua su grito nocturno: “Señor, ¿qué será de los pecadores?”. Su amor era a la vez particular y universal. No es de extrañar que Francisco de Vitoria, con su teoría de los derechos humanos universales, sea su hijo espiritual. Una vez más, creo que las monjas dominicas comparten la compasión de Domingo expresada en su oración de intercesión universal de una manera especial. Al crecer cerca de un monasterio dominicano, solía ser una especie de broma familiar decir que si querías saber lo que estaba sucediendo en el mundo, debías escuchar las oraciones de intercesión de las monjas”. Las monjas rezaban sobre guerras, terremotos y tifones que nunca veíamos en el periódico, ¡y esto era antes de Internet! Ahora me doy cuenta de que esta preocupación universal de las monjas viene directamente de nuestro padre Domingo. ■

Sor Mary Rose Carlin, O.P.
 Monasterio del Niño Jesús
 Lufkin, Texas, Estados Unidos



Curia Generalitia
Fratres Ordinis Praedicatorum

Piazza Pietro d'Iliria, 1
00153 ROMA

E-MAIL

idi@curia.op.org
press@curia.op.org

WEBSITE

www.op.org
idi.op.org



dominicus800.op.org
www.op.org/jubilee-2021-dominicus-800